

## Ingeniero José Manuel Covarrubias Tesorero de la UNAM

La UNAM, la ingeniería y la música han ocupado gran parte de mi vida. De no haber sido ingeniero civil hubiera tratado de ser pianista profesional, pues desde muy joven la música se convirtió en una pasión para mí. En 1949, cuando tuve que elegir carrera, esas eran mis dos opciones. Al final mi habilidad para las matemáticas y la física se impuso y fui a dar al maravilloso Palacio de Minería. Recuerdo todavía con emoción la tremenda bienvenida que se acostumbraba dar a los alumnos de primer ingreso, la famosa novatada o "perrada" como se le decía en ese entonces. Te cortaban el pelo de tal forma que luego tenías que raparte, te desnudaban y te ponían a correr dentro de la alberca vacía que había en uno de los patios, después te llenaban de chapopote, te pegaban plumas de gallina y te obligaban a salir corriendo por las calles aledañas a la escuela. Era un ritual muy humillante, pero servía, de manera simbólica, para hacerle sentir al joven recién llegado que debía pagar un precio por estar en una institución con tanta historia como la Universidad Nacional.

La Escuela Nacional de Ingeniería tendría entonces alrededor de 2 mil quinientos alumnos y la universidad en su totalidad quizá no rebasaba los 25 mil estudiantes. Eran otras dimensiones y eso permitía otro tipo de convivencia. El hecho de que el Palacio de Minería fuera un recinto cerrado le daba a la escuela un ambiente más cercano al de un claustro y permitía un mayor acercamiento entre las diferentes generaciones de estudiantes y entre alumnos y profesores. Además, el hecho de estar en el centro de la ciu-

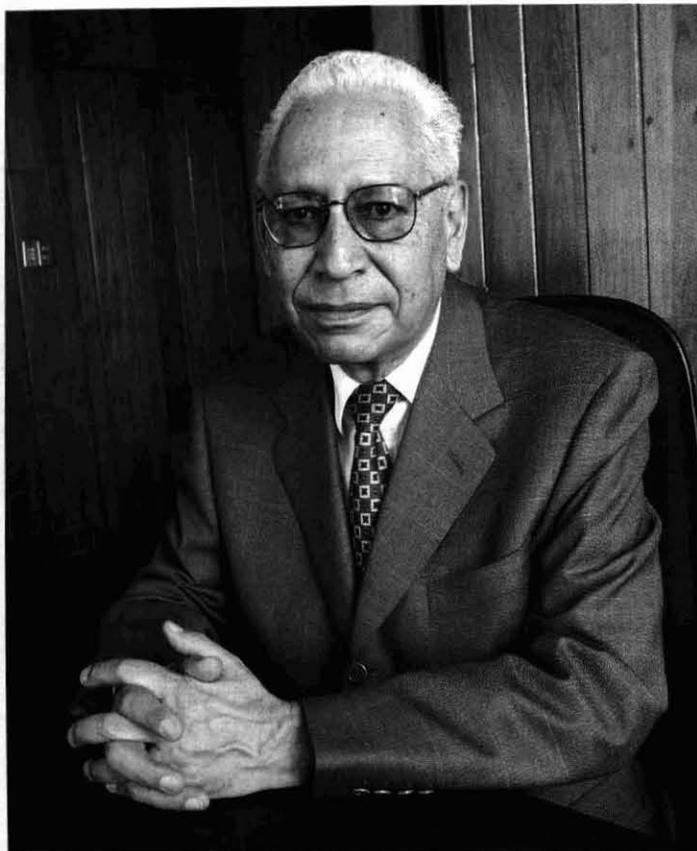


Foto: A. Estrada

dad me permitía escaparme al Palacio de Bellas Artes para escuchar música. Recuerdo que un día no tuve una clase y junto con algunos compañeros me fui a Bellas Artes y tuvimos la enorme fortuna de colarnos a un ensayo de María Callas. Esas eran las ventajas de estudiar en el centro de la ciudad.

En los últimos años de la carrera me inicié en el plano profesional como ayudante de ingeniero en la construcción de Ciudad Universitaria. Me recibí en 1953 y en 1954 se inauguraron los cursos en las nuevas instalaciones. La nueva sede transformó totalmente la vida universitaria. Al pasar de una

universidad dispersa a una universidad concentrada la posibilidad del estallido de conflictos creció. En los poco más de cincuenta años que llevo ligado a la UNAM la he visto salir adelante de muchas crisis; sin embargo, hoy necesita de un tipo de ingeniería distinta a la que yo estudié en el Palacio de Minería, me refiero a la ingeniería política. Su futuro depende en gran medida de la capacidad de sus miembros para generar los consensos básicos que le permitan reformarse. De no lograrlos las tensiones internas irán en aumento y su presencia en la sociedad tenderá a debilitarse. \*